

El legado del Perón de los años setenta

*Samuel Amaral**

I

Con el Partido Justicialista transformado hoy en un difuso aglomerado de máquinas políticas provinciales, muchas de ellas en mal estado de conservación, parece estar a punto de desaparecer la tradición política nacida el 17 de octubre de 1945 y con ella el legado de Perón, la persona que desde entonces fue el símbolo de su identidad. ¿Pero desaparecerá efectivamente el legado de Perón con la fragmentación del partido que lo reclama? Una contestación afirmativa a esta pregunta supone, sin embargo, una severa limitación de la influencia política del hombre que dejó, guste o no guste, la huella más profunda en la política argentina del último siglo. Pero una contestación negativa supone, a su turno, la necesidad de precisar qué dejó Perón más allá de esa formación cuyos días parecen contados.

Perón dejó muchas cosas. Durante mucho tiempo la historia se basó en el relato de la vida de los héroes. Luego, estos declinaron y fueron reemplazados por las fuerzas sociales. Los individuos que se destacaban y alcanzaban posiciones de poder no eran sino los instrumentos de esas fuerzas, una de las cuales, el proletariado, se suponía destinada a culminar la historia universal. Durante el mismo siglo en que esta visión predominó algunos hombres se encargaron de minarla y el mismo proletariado parece que faltará finalmente a su supuesta cita con la historia. Digo esto para subrayar que lo que dejó Perón, lo dejó Perón. No las fuerzas sociales que podrían haberse expresado a través de él, sino él mismo, con sus propias acciones. Fue, seguramente, como todos, más hijo de su tiempo que de sus padres; pero en su tiempo había un menú de posibilidades y él efectuó su elección. Perón, entonces, dejó muchas cosas.

* Academia Nacional de la Historia y Universidad Nacional de Tres de Febrero
Cuestiones de Sociología, N° 3, 2006, pp. 212-220.



II

Perón dejó al peronismo dentro del orden político democrático. A la democracia restaurada en 1983 no la trajo la cigüeña como quieren hacer creer quienes sólo enfatizan la exclusión y violencia en las décadas precedentes: fue el resultado de muchos años de desencuentros y por fin de encuentros de fuerzas políticas opuestas que terminaron aceptándose mutuamente y aceptando las reglas de competencia. En los primeros momentos de su exilio Perón confiaba en que una insurrección popular lo devolvería al poder. Esa insurrección no se produjo (Perón no creyó que el beneficiario del levantamiento del 9 de junio de 1956 fuera él y criticó a los levantados por no haberlo apoyado en septiembre del año anterior) y lentamente se diluyó en él la idea del regreso al poder. La resistencia tampoco era esa insurrección: una molestia para el gobierno, pero no una amenaza; una forma de hostigamiento para Perón, pero no un instrumento de acción política. Frente a la nueva legalidad que se consolidaba, recomendó el voto en blanco en la elección de julio de 1957. Creyó que ese voto sería equivalente al que había obtenido casi seis años antes en su reelección, pero se equivocó: menos de la mitad de sus seguidores se mantuvo fiel. Como el frente antiperonista se había disuelto, ese debilitado apoyo lo transformó en el árbitro de la elección presidencial de febrero de 1958. Decidió apoyar a Frondizi ante el temor de perder los votos que le habían quedado, pero al hacerlo manifestó su vocación participativa. Desde allí en adelante, confiando en ellos, sólo buscó que lo dejaran participar. Aunque los otros actores políticos desconfiaban de quien los había acosado durante sus casi diez años de gobierno, no tardó mucho en convencer al símbolo de la lucha antiperonista, el radical Ricardo Balbín, de su nuevo fervor democrático. A principios de 1963, el delegado personal de Perón, es decir Perón mismo, se sentó junto a Balbín en la Asamblea de la Civilidad. Balbín no estaba traicionando sus ideales: Perón ahora creía, tanto como él, en la competencia electoral. Como Perón no había logrado convencer a los jóvenes oficiales que lo habían depuesto y entonces controlaban las fuerzas armadas de cuanto se había convencido el dirigente radical, el peronismo fue proscripto y la elección presidencial fue ganada por otro radical, pero muy ajeno a la posición de Balbín. Entretanto, la normalización de los sindicatos y la participación electoral habían hecho surgir nuevas demandas y nuevos líderes. El enfrentamiento entre Perón y Vandor consumió algo más de dos años, pero terminó, nuevamente, con una competencia electoral en la que el primero contó con la ayuda del gobierno radical. El fracaso de la tentativa de Vandor de reemplazar a Perón en el liderazgo efectivo del peronismo y la amenaza que esto suponía para la

idea que aquellos oficiales tenían de la política terminó con el gobierno radical y con el intento de reconstrucción democrática. Cuando entró en crisis el gobierno militar que lo sucedió, allí estaba Perón, encabezando una coalición de los principales partidos democráticos, que tenía el nombre muy peronista de La Hora del Pueblo, integrada por muchos de sus antiguos enemigos con quienes reclamaba el regreso a la democracia. Pero debe subrayarse: a la democracia de Balbín; no a aquella democracia vaciada de sustancia que había practicado en su década de gobierno. Perón volvió al poder en 1973 con un porcentaje tan alto de votos como el que había obtenido en 1951, pero a diferencia de aquella ocasión, ahora con la aceptación de sus adversarios. Perón murió en julio de 1974 y el gobierno de su esposa cayó poco menos de dos años después. El resurgimiento de la actividad política de 1982 encontró al peronismo como uno de los pilares del nuevo orden político democrático que debía construirse. No sabemos si Perón había cambiado en el fondo de su corazón, pero no es necesario averiguarlo. Los políticos quizás no amen la competencia más que los comerciantes de Adam Smith, pero mientras que la autocracia, como el monopolio para éstos, sólo permite un privilegiado, un régimen competitivo deja lugar para todos. En el exilio, Perón comprendió que las reglas de la política habían sido cambiadas por sus enemigos y que debía aprender a comportarse dentro de ellas. Triunfó en 1973 porque aceptó las nuevas reglas, por eso sus antiguos enemigos, ahora adversarios, aceptaron su triunfo. Allí quedó consolidado el orden político democrático, a pesar de la amenaza guerrillera y del régimen militar que la suprimió. El orden político que renació diez años más tarde fue el construido por Balbín y Perón, símbolos de todos los hombres y mujeres que vieron en ellos a los sostenedores del orden, la paz y la libertad.

III

Perón dejó un país reconciliado. Su década de gobierno se cerró con el discurso en que amenazó con hacer caer a cinco de "ellos" por cada uno de los "nuestros". Aunque estaba más dispuesto a ejercer la violencia con la palabra que en los hechos, esas palabras eran demasiado fuertes en boca de un presidente. Durante sus años de gobierno Perón alentó el encono. Tras su caída, por su deseo de regresar al poder, debió olvidar el rencor. Frondizi había sido un crítico insistente, pero para evitar males mayores lo apoyó en 1958. Balbín lo había sido aún más, pero para evitar otros males se sentó con él en 1963 y nuevamente en 1970. Illia era menos proclive que ellos a admitirlo en el seno de la democracia, pero ante la común amenaza de Vandor,

forjaron una alianza tácita. Cuando volvió a la Argentina, en noviembre de 1972, Perón se reunió con los dirigentes de todos los partidos políticos y abrazó a Balbín; cuando se convirtió en candidato a presidente, quiso que él lo acompañara; en el único discurso de apertura de las sesiones parlamentarias que pronunció, elogió a la oposición y criticó a sus seguidores; condenó finalmente a los que lo desafiaban en nombre de un proyecto político antidemocrático; y en su lecho de muerte pensó en Balbín como sucesor. La antinomia peronismo-antiperonismo, que dividió a la Argentina durante casi tres décadas, caducó con el regreso de Perón, abriendo así las puertas al consenso y a la tolerancia. Perón revirtió la consigna del odio: “para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”, por otra de reconciliación: “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. Es cierto que el camino del retorno al poder requería de la aceptación de los principios del nuevo orden político que no terminaba de estabilizarse sin él, pero ya en el poder enfatizó su aceptación de ese orden. El león herbívoro en que dijo haberse transformado se contentó con las hierbas.

IV

Perón dejó palabras. Pero las usaba como instrumentos, no necesariamente por su significado. Cuando comenzó a hacer política en la Secretaría de Trabajo y Previsión, pronunció cientos de discursos; habló el 17 de octubre de 1945 y continuó hablando a lo largo de su presidencia; envió discos y cintas desde el exilio y conversó con miles de visitantes; habló al regresar a la Argentina y siguió hablando hasta su muerte. Parece entonces necesario prestar atención a su legado discursivo. Perón creía en las palabras, pero, sin embargo, no tenía el mismo convencimiento acerca de su significado. No temía caer en errores ni en sostener posiciones contrarias, quizás porque pensara que nadie le prestaría atención a ellas (como todos los políticos requieren de cierta dosis de egolatría, las probabilidades de que pensara eso son bajas) sino a él (lo que es más consistente con ese requisito), quizás porque pensara que sus acciones les darían finalmente coherencia (lo que resulta más creíble). Las palabras vuelan y las acciones quedan: sólo poniendo unas junto a otras se puede penetrar el misterio de su uso. En este sentido el legado de Perón es variado y contradictorio si se presta atención sólo a lo que dijo, pero lo es mucho menos si se advierte lo que hizo. En medio de la lucha política por su regreso dijo “al enemigo, ni justicia”, pero ya en el país se reunió con sus adversarios y una vez en la presidencia fue muy considerado con las fuerzas armadas, el último actor político que lo había obstaculizado. Habló del socialismo nacional cuando lo creyó necesario para

atraer a los jóvenes que soñaban con construir su propia autocracia, pero luego practicó la democracia política y la concertación económica. Para entender su legado hay que prestar atención, en consecuencia, a algo más que a sus palabras, pero el desprecio por el significado de las palabras permaneció como parte de ese legado.

V

Perón dejó una concepción de la organización política. El Estado prevalece sobre la sociedad y ambos sobre el individuo. En un discurso anterior al 17 de octubre, cuando su suerte aún estaba indecisa, dijo que su mayor contribución había sido reemplazar la visión individualista predominante hasta entonces en la sociedad argentina por otra colectivista. Gracias a Perón, pero no solamente a él, los valores que los argentinos habían sostenido hasta los años cuarenta, expresados en la Constitución de 1853, fueron reemplazados por otros, opuestos. El éxito individual pasó a ser sospechoso y condenado; la igualdad ante la ley y la igualdad de oportunidades fue reemplazada por la igualdad de riqueza (o pobreza); el bienestar individual pasó a estar sujeto a un impreciso bienestar colectivo determinado por los gobiernos (peronistas y radicales, civiles y militares); el esfuerzo individual pasó a ser visto como una amenaza para la sociedad; el Estado se transformó en garante de difusos derechos sociales (y de los más concretos de algunos privilegiados por la protección del gobierno). En nombre de ellos destruyó la cultura del esfuerzo y la responsabilidad: el gobierno proveería y si las cosas van mal, la culpa es de otros. Perón desanduvo otros caminos, pero no revisó su consigna estatista y autocrática: primero la patria (es decir, el Estado, el gobierno), luego el movimiento (es decir, la sociedad) y después los hombres. Los argentinos, gracias a Perón pero no sólo a él, seguimos pensando en términos macroeconómicos y no microeconómicos: en términos de índices numéricos y categorías de análisis, más que en términos de nuestra concreta suerte individual. Perón, pero no sólo él, creía que la economía se debe manejar mediante acuerdos corporativos con la mediación del gobierno. No creía en que cada individuo, dondequiera que esté, pueda tener el conocimiento de aquello que más le conviene: los sindicatos, las corporaciones patronales y, en definitiva, el gobierno deben decidir por ellos (es decir, por nosotros). En este aspecto la concepción de Perón era más firme que en cualquier otro y, en consecuencia, menos perceptibles los cambios en los setenta y más definido su legado.

VI

Perón dejó una concepción del poder. La política se trata de poder, ciertamente, pero él puede usarse para fines diversos. Perón privilegiaba el ejercicio del poder más que los fines. Pudo aceptar los principios democráticos de sus adversarios, en nombre del poder; y hasta podemos imaginar que podría haber aceptado el retorno a los valores individualistas si la conquista o la preservación del poder lo hubiese requerido. Perón estaba tan poco apegado a las ideas como a las palabras: aquéllas, como éstas, también eran para él instrumentos del poder. Esto no quiere decir que no haya tenido guías ni principios; quiere decir que aun éstos estaban sometidos a la prueba del poder. En esta visión maquiavélico-clausewitziana de la política está lo mejor y lo peor del legado de Perón. Lo mejor: el énfasis en la adaptación a las circunstancias y en la capacidad de decisión; lo peor: la ignorancia de las reglas. Maquiavelo escribió para quienes querían conquistar y preservar el poder, con total independencia de sus fines. Esa ausencia de fines es, sin embargo, incompatible con la democracia moderna. Esta no se caracteriza sólo por las prácticas electorales (como creyó Perón en su década de gobierno), sino por los fines últimos a los que esas prácticas sirven: el imperio de la ley, la tolerancia del disenso, la preservación de la vida y de la privacidad, la restricción del poder (que en su tercera presidencia estuvo más dispuesto a respetar). Clausewitz teorizó sobre la guerra sin convenciones que Napoleón practicó. Perón creyó que las convenciones de la política se debían a la hipocresía de los políticos y no a que estos ejercían una profesión distinta de la de él. En toda actividad existen reglas y quienes no la practican son ajenos a ellas. Tenemos, sin embargo la tendencia a pensar, como Bouvard y Pécuchet, que podemos dedicarnos con éxito a una actividad distinta de aquella en la que fuimos entrenados, y como los aprendices de brujos creemos que nuestros éxitos iniciales se deben a nuestra inteligencia superior y a la tontería de los demás. Perón no aprendió las reglas de la política durante su década de gobierno, en la que se comportó clausewitzianamente, sino en el exilio. Había entrado a la política desde el poder y pudo usarlo sin restricciones presupuestarias ni legales para construir su base de apoyo. El triunfo de febrero de 1946 lo dejó en similares condiciones ya que controlaba completamente el congreso. Pronto removió a la Corte Suprema, cambió la constitución y en sucesivas elecciones reafirmó su control sobre el poder legislativo. Sólo tras su caída, ya en el exilio en Venezuela, la República Dominicana y España, aprendió (sin leer a Gramsci) a construir poder desde el llano (o hegemonía, pero no necesariamente de clase). Y así aprendió las reglas de la política y los motivos por lo que esa actividad tiene reglas:

los políticos son mediadores, componedores, a la vez que constructores de poder. La política es poder, pero también es falta de él: un día se está arriba y otro abajo. Despreció a la política y a los políticos cuando estuvo en el poder y se designó a sí mismo como el conductor. Diecisiete años de exilio lo transformaron: "nosotros, los políticos", dijo ante sus nuevos colegas en el restaurante Nino en noviembre de 1972. La concepción del poder que dejó fue entonces dual: la primera, irrestricta, de sus años de gobierno y exilio ("al enemigo, ni justicia", y su negación a condenar a la guerrilla fueron sus manifestaciones tardías); la segunda, restringida, que aprendió en el llano y ejercitó en su última presidencia (el cumplimiento de la ley; el acercamiento a sus adversarios). La práctica política de sus herederos, ya en el seno de la democracia, debió ajustarse a ésta, pero no es necesaria mucha perspicacia para advertir cuanto añoran aquélla.

VII

Perón dejó una identidad política. La identidad es antigua, pero su estudio es reciente. No era corriente en la década de los cincuenta cuando Germani hizo el primer esfuerzo desapasionado (científico, diría él) para comprender al peronismo. Pero a pesar de esa carencia él contribuyó a aislar los factores psicosociales (era su lenguaje) que la constituían. El peronismo no había consistido sólo en la distribución del "plato de lentejas", como ridiculizaban sus enemigos de entonces, sino que había sido para las masas populares (también su lenguaje) una experiencia de libertad (mi interpretación). Germani detenía allí su análisis, porque lo hizo a fines de 1955 y no sabía que el peronismo sobreviviría. Cuando supo que había sobrevivido, no lo retomó para explicar por qué no había muerto. Pero podría haberlo continuado: esa experiencia de libertad había forjado una identidad. Ésta no se sostenía sólo en una elección racional (en términos de adecuación de medios a fines), sino que era reforzada por los símbolos y rituales desplegados bajo el régimen peronista. La izquierda rechazó tanto los elementos racionales del peronismo (que no podía aceptar sin dejar de lado su creencia en la lucha de clases), como los irracionales (que no podía aceptar sin abandonar su creencia en el destino histórico del proletariado). La izquierda (una fracción de ella al menos) sólo se acercó al peronismo cuando antepuso la nación a la clase. Esa operación, llevada a cabo por un pequeño grupo de intelectuales en libros más o menos confusos, dio por resultado la desagregación de la identidad, los métodos y los objetivos políticos. Montoneros (la organización) llevó a la práctica esa desagregación al proclamarse peronista mientras trataba de conquistar el poder por medio de la guerrilla urbana con

el objetivo de construir una dictadura socialista (no ya del proletariado, sino de ella misma). Perón aceptó su identidad y sus métodos y, en apariencia, su objetivo, pero, ya en el poder, socavó a aquélla y rechazó a estos últimos. Los derrotó en el campo político, como lo había hecho con Vandor ocho años antes, pero ni los montoneros (los miembros de la organización, no ya ella, que sucumbió por otros motivos) ni los vandoristas dejaron de considerarse peronistas. Podemos preguntarnos hasta qué punto Perón dejó esa identidad, hasta qué punto podría no haberla dejado. La identidad se construye en la experiencia, y la que quedó a su muerte sumaba ya a la experiencia de la libertad ganada en sus años de gobierno y las variadas experiencias de los distintos grupos y personas que se reclamaron peronistas durante las casi dos décadas transcurridas entre su caída y su regreso. Perón fue un factor clave en la construcción, preservación y desarrollo de esa identidad, pero ésta, como toda identidad, tiene su propia dinámica. Perón, en la hora de su muerte, no pudo alterarla ni controlar lo que dejaba.

VIII

Perón, el Perón de los años setenta, dejó, es posible, muchas más cosas. En estas pocas líneas he dado cuenta de las que me parecen más significativas desde la perspectiva de la construcción de un orden político democrático, el orden político en el que prefiero vivir y en el que Perón confió más en los años setenta que en los cuarenta y cincuenta. En su legado puede reconocerse, en parte, su intención política y, en otra parte, la dinámica de los procesos históricos. Fue su intención, sin duda, contribuir a la reconstrucción de la democracia dejando a sus seguidores firmemente dentro de los límites de ese orden político y no fuera de él. Fue su intención, sin duda, aceptar una definición de ese orden político por cuya anterior negación sus adversarios lo habían combatido. Fue su intención, sin duda, derrotar a los elementos antidemocráticos de su hueste. Todo esto es parte de su legado intencional.

Otra parte de su legado parece menos intencional. En primer lugar, su uso de las palabras y las ideas como instrumentos políticos y no necesariamente por su significado le fue útil, pero creó confusiones: en vida, lidió con ellas; ya muerto, allí quedaron (y fueron resueltas por la violencia). En segundo lugar, su concepción de la organización política, que privilegiaba la acción del Estado y subordinaba el individuo a la sociedad, se mantuvo casi invariable a través de sus años (pero debe admitirse un fuerte aire de época). En tercer lugar, su concepción del poder pasó de la ausencia de reglas a la

auto-restricción (aunque se privó, en su triunfo, de toda reversión, su cambio no alcanzó a disipar cuanto les había inculcado a sus seguidores).

Finalmente, la identidad. Perón sirvió de símbolo a lo que Germani llamaba las masas populares y, también, en los años setenta, a muchos jóvenes ajenos a ellas. Aunque aquéllas y éstos no se juntaron entonces, el encuentro se produjo durante la reconstrucción democrática: los jóvenes suplieron, abandonadas las ideas y prácticas antidemocráticas, una porción creciente del liderazgo peronista, mientras que las masas suplían los votos. Pero esta relación, que derivó hacia formas más clientelísticas que carismáticas, no define la identidad ni contribuye necesariamente a reproducirla. El tiempo se encargará de ella como del resto del legado de Perón en la medida en que "hechos nuevos", en los que él confiaba durante su exilio, borren los vestigios del momento histórico al que estuvo unido.

Entretanto esto sucede (ya que tarde o temprano sucederá) podemos volver nuestra atención hacia comienzos de los setenta e imaginar a Perón eligiendo otra de las opciones del menú. Los contrafácticos son sólo contrafácticos, pero la contingencia de la historia pone a veces en manos de una sola persona decisiones que afectarán a muchas durante largo tiempo. Algunas de sus opciones de los setenta no fueron las mejores desde el punto de vista de un orden político democrático, pero por las razones que fuera (la dinámica de la política, su vocación de poder, su experiencia en el llano) Perón también eligió entonces la competencia electoral, la tolerancia del disenso, el olvido del pasado, el perdón de los agravios y la restricción del poder. Nunca sabremos, felizmente, los males que así nos evitó.